



**CONAMA10**  
CONGRESO NACIONAL  
DEL MEDIO AMBIENTE

PONENCIA

## **Sobre capitalismo e infelicidad**

Autor: Jorge Riechmann

Cargo: Profesor de Filosofía Moral

Institución: Universidad Autónoma de Madrid (UAM)

## (Anti)capitalismo y felicidad

La producción más importante para el capitalismo es la *producción de insatisfacción*. Para evitar que se sature la demanda, poniendo en riesgo la venta continuada de mercancías –y con ella la acumulación de capital–, hay que organizar la insatisfacción: por esta razón es el capitalismo un enemigo declarado de la felicidad (que tiene que ver con un epicúreo equilibrio entre logros y expectativas). Y por ello *los partidarios de la felicidad humana no pueden ser sino anticapitalistas*.

“En lo que respecta a la riqueza, vivimos en una civilización que niega religiosamente que aquella sea un fin en sí misma, pero que en la práctica la trata como si lo fuera. Una de las acusaciones más contundentes que cabe formular contra el capitalismo es la de que nos obliga a invertir la mayor parte de nuestras energías creativas en asuntos que, en el fondo, son puramente utilitarios. Los medios de la vida se convierten en su fin. La vida acaba consistiendo en un despliegue de la infraestructura necesaria para vivir. No deja de ser asombroso que, en pleno siglo XXI, la organización material de la vida siga ocupando el lugar preeminente que ya ocupaba en la Edad de Piedra.” (Eagleton 2008: 189).

El capitalismo deteriora las posibilidades de vida buena sobre la Tierra por varias vías, algunas de las cuales son harto conocidas:

1. *El agotamiento de los recursos naturales y el deterioro de los ecosistemas* merma las posibilidades no ya de vida buena, sino de simple vida humana sobre la Tierra.
2. Los procesos simultáneos de (a) privatización de los bienes comunes, (b) mercantilización generalizada, (c) proletarización y salarización creciente de la población mundial y (d) exclusión socioeconómica de vastas masas humanas (en una “sociedad de mercado” sólo cuenta la demanda solvente) conducen a que *los bienes básicos que deben proporcionar el fundamento para una vida buena* (podemos pensar esto en términos de satisfacción de las necesidades humanas esenciales) *estén fuera del alcance de cientos de millones de personas*.
3. *La dinámica de concentración del poder y la riqueza en pocas manos* *exacerba las desigualdades y con ello mina las posibilidades de vida buena* (pues existe una conexión estrecha entre igualdad social y bienestar humano: más abajo insistiré sobre ello).

4. Una antropología y sociología erróneas (individualismo posesivo del *Homo economicus*) desencaminan gravemente al ser humano.

Sin embargo, otros aspectos de la incompatibilidad entre capitalismo y vida buena probablemente son menos conocidos. En ellos me centraré a continuación.

### **Lo que el sistema (productivista/ consumista) propone como felicidad**

Se puede esbozar así: los seres humanos como empresas unipersonales (cada uno su propia marca, *the brand called you*). La felicidad como consumo siempre creciente de mercancías y servicios mercantilizados. Y cuanto más crecimiento del PIB, y cuanto más dinero, mejor...

En la ontología capitalista sólo existen empresas y consumidores. Los trabajadores no existen, no existe la naturaleza, no existen los ciudadanos y ciudadanas. Alberto Moravia —lo recuerda Paolo Cacciari— comparó al consumidor moderno con uno de esos organismos muy simples que sólo tienen boca, intestino y ano. “La civilización del consumo es *excrementicia*. La cantidad de excrementos expulsada por el consumidores, en efecto, la mejor prueba de que el consumidor ha consumido.”

No es que el consumo sea en sí algo malo... Todos hemos de consumir para sobrevivir, y niveles suficientes de consumo —los *bienes externos* de Aristóteles-- constituyen requisitos indispensables para la buena vida. Pero *el consumo se convierte en una amenaza para el bienestar de la gente --y la salud del planeta-- cuando se convierte en un fin en sí mismo*, y pasa a ser el objetivo supremo de la vida de una persona o la medida con que se evalúa el éxito de la política.

Hoy, el ciudadano o ciudadana promedio de los países del Norte vive en mejores condiciones materiales que los emperadores de antaño; incluso mejor —en ciertos aspectos— que los miembros de la clase dominante de hace 150 años. David Landes suele contar la historia de Nathan Meyer Rothschild, el hombre más rico del mundo en la primera mitad del siglo XIX. A pesar de toda su riqueza y poder,

murió con menos de sesenta años por la infección de un absceso. De haber podido elegir, ¿hubiera preferido la vida que llevó, como príncipe de las finanzas de Europa, o la de un obrero especializado de comienzos del siglo XXI con treinta años más de tiempo vital?

La espantosa tragedia de nuestra época: hoy existen mejores condiciones que nunca para que todos y todas –cada uno de los 7.000 millones de habitantes de nuestro planeta— puedan vivir una vida buena, y sin embargo la mayoría se ve excluida de ella, y los niveles de desigualdad social –aberrantes, e históricamente inauditos— siguen creciendo cada vez más. Junto con la crisis ecológica mundial, éste es el gran *fracaso de la Ilustración*, éstas son las “promesas incumplidas” de la Modernidad.

#### *Un mecanismo tantálico*

Fred Hirsch mostró que *las expectativas y promesas de felicidad creadas por las sociedades capitalistas de consumo son intrínsecamente engañosas*, porque se frustran necesariamente a sí mismas (y precisamente este fracaso autoinducido es el motor más importante del enorme dinamismo de este sistema económico).

La imagen más adecuada a la realidad podría ser en este punto la del *suplicio de Tántalo*, aquel mitológico rey griego a quien los dioses habían condenado a padecer hambre y sed sumergido en agua fresca hasta las barbas y rodeado de apetitosos manjares: apenas el desdichado abría la boca para gustar lo uno o lo otro, agua y manjares se desvanecían. ¿Cuál es el mecanismo tantálico de la sociedad de consumo? Hirsch distingue entre *dos tipos de bienes: materiales y posicionales*. Los *bienes materiales* sirven para la satisfacción de necesidades materiales directas. En cambio los *bienes posicionales* --aunque en parte considerable sean también de naturaleza material-- sirven en primer lugar para la satisfacción del deseo de prestigio, status social, reconocimiento, admiración, etc.

El asunto crucial es que, mientras que con los bienes materiales puede superarse la escasez y lograrse cierta saturación de forma relativamente rápida a través del crecimiento de la economía y de la productividad del trabajo, con los bienes posicionales ello es imposible por definición: lo que está en juego *no es la*

*escasez absoluta sino la ventaja posicional.* El bien posicional tiene para el individuo exactamente tanto valor como la ventaja que le proporciona frente a los demás.

Una consecuencia importante de esta carrera tras los bienes posicionales -- interminable por definición, ya que lo que logramos se desvaloriza por el hecho de lograrlo, y vuelta a empezar-- es la creciente devastación ambiental, así como el daño anímico creciente de quienes participan en ella.

Un buen ejemplo de dinámica autofrustrante en este sentido lo proporciona el juego recíproco entre la creciente construcción de carreteras y la creciente motorización de la población. Más coches exigen más carreteras que favorecen el uso de más coches que colapsan las carreteras existentes y exigen otras nuevas, etc., con sucesivos ciclos en niveles cada vez más altos de destrucción ambiental, enajenación social y atasco automovilístico generalizado.

De alguien que participa en un juego en el que sólo puede perder, ¿no diríamos que es tonto de remate? Hay que *desactivar los mecanismos perversos de la autofrustrante carrera tantálica en pos de bienes posicionales.*

### **Necesitamos reducir las desigualdades sociales**

Si --como sugiere abundante investigación sociológica y psicológica-- la sensación subjetiva de felicidad o bienestar, una vez superados ciertos mínimos (a los que llamamos *necesidades básicas*), no tiene que ver con el nivel absoluto de consumo material, sino que más bien está relacionada con la posición relativa de uno mismo en comparación con los demás, y con la calidad de los vínculos sociales... entonces los interesados en la felicidad humana (y en la liberación social, y en la sustentabilidad ecológica) han de promover *una estrategia de reducción de las desigualdades sociales.*

Recientes y rigurosos trabajos de análisis empírico han desvelado *múltiples nexos entre desigualdad e infelicidad* (Wilkinson y Pickett 2009). Sólo cabe plantear una disminución del consumo en los países sobredesarrollados, un modelo de austeridad no represiva, planteando al mismo tiempo *la redistribución del ingreso y la cuestión de la propiedad* (Lintott 1996; Ropke 1996).

### *Efectos de umbral*

Estudios como la Encuesta Mundial de Valores –con investigación demoscópica realizada entre 1990 y 2000 en más de 65 países, orientada a indagar el grado de felicidad subjetiva de la población— registra un fenómeno interesante. Los ingresos medios (el PIB per cápita) y ese nivel de felicidad subjetiva suelen aumentar en paralelo *hasta un umbral de unos 13.000 dólares de ingresos anuales* (en términos del valor adquisitivo de 1995) (Inglehart y Klingemann 2000: 171).

A partir de esa cifra, el aumento de ingresos proporciona un incremento muy limitado de lo que se vive como felicidad. La correlación desaparece en cualquier caso a partir de los 18.000\$ anuales. Presumiblemente porque entonces las necesidades básicas están cubiertas, y en cambio son otros elementos más “cualitativos” (luego volveremos sobre ello) los que resultan más decisivos para la vida buena de la gente. Obviamente, ese umbral se sitúa bastante por debajo del nivel medio de ingresos de la mayoría de los países “desarrollados”.

“Los estudios realizados señalan una y otra vez que las personas felices suelen tener unas relaciones humanas sólidas, sienten que controlan su propia vida y disfrutan de buena salud y de un trabajo donde se sienten realizadas. Todos estos factores están cada vez más amenazados en las sociedades industriales, con su acelerado ritmo de vida, en las que la gente intenta a menudo compensar la carencia de motivos genuinos de felicidad con un creciente consumo.” (Gardner y Assadourian 2004: 299).

Por lo demás, también en lo que se refiere al uso de la energía aparecen esos efectos de umbral. Un *acceso suficiente a la energía exosomática* contribuye decisivamente, sin duda, al bienestar de las personas. Existe por ejemplo una correlación fuerte entre el IDH de NN.UU. (Índice de Desarrollo Humano) y el uso

de energía... *aunque por debajo de cierto umbral*. Así lo señala por ejemplo Cayetano López, catedrático de física de la UAM y director del Departamento de Energía del CIEMAT. A partir de cierta cantidad de energía esa correlación desaparece: *el despilfarro del sobreconsumo no contribuye al aumento del bienestar*.

Dos importantes estudiosos suecos, tras evaluar un montón de información científica, concluyen que la relación entre consumo de bienes y satisfacción derivada de los mismos no es lineal, sino una curva del tipo “U” invertida: después de alcanzar cierto umbral de saturación continuar el consumo se torna contraproducente. Un refrán sueco viene a decir que “demasiado, y demasiado poco, lo estropean todo”. (Backstrand e Ingelstam 2006). Comentando estudios de esta clase, Zygmunt Bauman afirma que

“Estos hallazgos sugieren que, contrariamente a la promesa superior [promesa de felicidad instantánea y perpetua a través del consumo] y a la creencia popular, el consumismo no es ni un síntoma de felicidad ni una actividad que pueda asegurarnos su consecución. El consumo, considerado en los términos de Layard como ‘yugo hedonista’, no es una máquina patentada que arroja un cierto volumen de felicidad al día. La verdad parece ser más bien todo lo contrario: como se desprende de los informes escrupulosamente reunidos por los investigadores, someterse al ‘yugo hedonista’ no consigue aumentar la suma total de satisfacción en los sujetos.” La capacidad del consumo de aumentar la felicidad es bastante limitada, pues no resulta fácil extenderla más allá del nivel de satisfacción de las ‘necesidades básicas’ (distintas de las ‘necesidades del ser’ definidas por Abraham Maslow). Y cuando se trata de esas ‘necesidades del ser’ o de ‘autorrealización’, según Maslow, el consumo demuestra ser, la mayoría de las veces, francamente inoperantes en cuanto ‘factor de felicidad’.” (Bauman 2007, 68)

## **El incremento del PIB no da la felicidad**

La conclusión del economista y “científico de la felicidad” Richard Layard es que el aumento del consumo “ha proporcionado cierto aumento de felicidad, incluso en los países ricos. Pero este plus de felicidad ha quedado anulado por una miseria mayor, producida por la pérdida de armonía de las relaciones sociales” (Layard 2005: 34). Por consiguiente: en el mundo del *sobredesarrollo*, un incremento adicional del PIB (vale decir: aún más compraventa de bienes y servicios mercantilizados) no trabaja a favor de la vida buena de la gente.

Obviando las cuestiones distributivas (que sin embargo son muy importantes: ¿a quién aprovecha realmente esa “creación de riqueza”, en nuestros países ricos donde las desigualdades son grandes y no están reduciéndose?), lo cierto es que la falta de tiempo, el incremento de las “enfermedades de la riqueza” (obesidad, patologías causadas por el estrés, depresión), la pobreza de vínculos sociales, la baja calidad de la vida política y la devastación de la naturaleza merman las posibilidades de vida buena para la gente.

Por eso, *hemos de rechazar la concepción capitalista del bienestar* (que lo identifica con el consumo de cantidades crecientes de bienes y servicios mercantilizados). Hay que convenir con Manfred Linz en que debemos describir el bienestar como *un compuesto de tres elementos: riqueza en bienes, riqueza en tiempo y riqueza relacional*.

“La riqueza en bienes y la riqueza en tiempo no precisan de demasiada aclaración. La riqueza o bienestar relacional se orienta al espacio social donde me muevo, e intenta lograr situaciones en las cuales me sienta acogido, reconocido; situaciones en las que las relaciones sociales sean satisfactorias y tenga para esas relaciones atención y tiempo suficiente. El aspirar a cada vez más bienes, a cada vez más cantidades de todo lo que me pueda permitir, suele ir en detrimento del tiempo libre y de las relaciones logradas. Y cuando me importa demasiado lo que desearía poseer, eso menoscaba la satisfacción derivada de disponer de mi propio tiempo y vincularme con otras personas.” (Linz en Riechmann 2007: 12).

En fin: la plaza del mercado está llena de charlatanes y sacamuelas que ofrecen sus recetas para la felicidad, pero en realidad la indicación principal que puede darse es la siguiente: cuide usted, amigo mío, sus vínculos sociales (en el amor, en el trabajo, en la familia, en el círculo de amigos, en la asamblea de ciudadanos) en vez de tratar de comprar cantidades crecientes de mercancías. Es hora de hablar con más detalle del vínculo social.

### **Philia**

Ya antes nos hemos referido a la calidad de los vínculos sociales... Ésta es una cuestión absolutamente esencial, para los “simios supersociales” que somos los humanos. La investigación contemporánea sobre la felicidad, desde la psicología y las ciencias humanas, redescubre y afianza una antigua propuesta de Aristóteles y Epicuro: *una clave esencial son los vínculos sociales satisfactorios*.

En griego esto se dice *philía*: un concepto de amistad que en los dos filósofos mencionados tenía una dimensión política evidente.

“La amistad es lo más necesario de la vida: sin amigos nadie querría vivir, aunque poseyera los demás bienes”, leemos en la *Ética a Nicómaco*. Y Epicuro remacha: “De todos los bienes de los cuales se nutre la sabiduría para la felicidad de la vida, el mayor –con diferencia– es la adquisición de la amistad.” *Supuesta la satisfacción de las necesidades básicas* –ninguno de los dos pensadores griegos citados ignoraba esta circunstancia–, la clave de la felicidad humana está en *la calidad del vínculo social*.

“Desde el punto de vista de la gestión de las emociones (...) por todos lados se está demostrando que lo más importante es la relación con otra persona. Es fabuloso descubrir, por ejemplo, que al analizar la felicidad ni el dinero, ni la educación, ni la pertenencia a un grupo étnico (...) tienen el esplendor, la fuerza que acaparan las relaciones personales del individuo cuyo nivel de felicidad estamos midiendo.” (Punset 2008: 18)

Chris Peterson, catedrático de psicología en la Universidad de Michigan e investigador sobre la felicidad humana, indica que el aumento de las depresiones en el mundo occidental probablemente tiene que ver con la soledad y la pobreza de nexos sociales:

“Hago hincapié continuamente en la necesidad de relacionarse socialmente. Creo que las personas en el mundo occidental están más solas de lo que podían haber estado en generaciones anteriores (...). En los EE.UU. las investigaciones muestran que han aumentado las depresiones en las últimas generaciones, en prácticamente todos los grupos, pero hay una excepción. ¿Sabe quiénes son los Amish? ¡No tienen depresiones!” (Peterson 2008: 22).

El capital quiere hacernos creer que somos lo que vendemos. Pero *somos lo que regalamos*.

La promesa –fraudulenta– del sistema es que nos hará felices y más humanos la posesión del coche nuevo y el acceso al campo de golf. Y la realidad –que conocemos en el fondo de nuestro corazón, y que confirma la ciencia, desde la psicología social a la neurología, pasando por diversas especialidades sociológicas– es que *lo que nos dará plenitud es la construcción de lazos ricos y sólidos con nuestros congéneres* (humanos y no humanos).

## Con-vivir

He de insistir en la dimensión comunitaria y colectiva de la vida buena para los seres humanos. No se trata de construir mediante la acción colectiva ningún paraíso sobre la Tierra: sólo de evitar los peores infiernos que los seres humanos podemos infligirnos unos a otros. Se trata, por ejemplo, de apartar del poder a la plutocracia financiera nihilista –los “inversores”, los “mercados”, o en castellano menos eufemístico: los rentistas— que hoy domina el mundo y nos está llevando a una catástrofe civilizatoria. Como recuerda Toni Domènech,

“la globalización no es un fenómeno nuevo relacionado con el multiculturalismo e internet, sino el sistema social dominante hasta la Segunda Guerra Mundial. La reforma del capitalismo de Roosevelt y la izquierda burguesa consistió en una desmundialización de la economía que introdujo controles en los movimientos de capital, ése es el núcleo del keynesianismo. Sólo así fue posible la política socialdemócrata de los cincuenta y sesenta (...). Cuando desapareció la posibilidad de controlar los movimientos del capital se creó lo que Keynes llamaba un ‘parlamento virtual’ donde los mercados financieros votan y su voto cuenta más que el de los parlamentos políticos. (...) Hay que desandar buena parte de lo andado, enderezar la economía y recuperar la soberanía popular controlando los movimientos de capitales. Hay que hacer una amplia coalición que destruya la élite rentista que se ha apoderado de la dinámica económica del mundo y que nos ha llevado a la catástrofe. Porque lo que vemos es la punta de un iceberg que se ha consolidado a lo largo de los últimos treinta años y que incluye también un enorme aumento de la pobreza en todo el mundo o la destrucción masiva de los ecosistemas.” (Domènech 2010)

A partir de una antropología errónea (el *homo economicus*), una mala ética (el egoísmo) y una teoría económica ruinosa (el marginalismo neoclásico), la ideología neoliberal nos conduce al desastre.

Las estrategias del poder se orientan a invisibilizar, fragmentar y desconectar (para mercantilizar y esquivar responsabilidades). Deberíamos responder tratando de hacer visible lo oculto, reunir los fragmentos inconexos y aproximar lo que fue alejado.

He insistido en la satisfacción de las necesidades básicas de todos y todas como unos de los ingredientes de la vida buena (y hoy en día, casi huelga decirlo, esto sólo puede concebirse en un marco de sustentabilidad ecológica: véase

Riechmann 2006, 2009). Esta condición resulta incompatible con la organización capitalista de la economía y la mercantilización de la vida social.

Aristóteles encomia la suficiencia —en el sentido de bastarse a sí mismo— como algo valioso. Pero “no entendemos por suficiencia el vivir para sí sólo una vida solitaria, sino también para los padres y los hijos y la mujer, y en general para los amigos y conciudadanos, puesto que el ser humano es por naturaleza un animal social” (*Ética a Nicómaco*, 1097b). Terry Eagleton --¿ya se dieron ustedes cuenta, a estas alturas, de que es un autor que me gusta mucho?— hace una propuesta sugestiva: el grupo de jazz como imagen de la vida buena.

“Si consideramos la felicidad en términos aristotélicos como el libre florecimiento de nuestras facultades, y si el amor es esa reciprocidad que permite que se produzca ese resultado óptimo, no tiene por qué haber un conflicto último entre ambos. (...) Tomemos como imagen de la vida buena un grupo de jazz. Una banda de jazz que improvise es obviamente diferente de una orquesta sinfónica, ya que, en gran medida, cada uno de sus componentes es libre de expresarse como guste. Pero siempre se expresará a partir de una sensibilidad receptiva a las actuaciones autoexpresivas de los demás músicos. La compleja armonía que configuran no deriva del hecho de que estén interpretando una partitura colectiva, sino de la libre expresión musical de cada miembro, que actúa a su vez como base para la libre expresión de los demás.

(...) Aquí no se aprecia conflicto alguno entre la libertad y el ‘bien del conjunto’, y sin embargo la imagen es justamente la inversa del totalitarismo. Aunque cada individuo contribuye al ‘mayor bien posible para el conjunto’, no lo hace a través de un denodado sacrificio, sino simplemente expresándose como es. Hay ahí una realización personal, pero sólo alcanzada a través de la pérdida del yo en la música en su totalidad. (...) De toda esta maestría artística se obtiene placer y, al mismo tiempo (y dado que hay una libre realización de las capacidades), felicidad entendida como florecimiento. Dado que ese florecimiento es recíproco, podemos incluso hablar (aunque remotamente y por analogía) de una especie de amor.

Entonces ¿el jazz es el sentido de la vida? No exactamente. El objetivo consistiría en construir ese tipo de comunidad a una escala más amplia, lo cual es ya un problema de la política. Se trata, sin duda, de una aspiración utópica, pero eso no la descalifica de ningún modo. (...) Lo que necesitamos es una forma de vida que carezca por completo de un propósito definido (como carecen de él las actuaciones de jazz), que sea un placer en sí y no atiende a intenciones utilitarias o a concienzudos fines metafísicos, que no necesite más justificación que su propia existencia. Así entendido, el sentido de la vida se aproxima curiosamente a la ausencia de sentido. (...) Como Wittgenstein comentó en algún momento: si la vida eterna existe, debe estar aquí y ahora. Es el momento presente el que

constituye una imagen de la eternidad, no la sucesión infinita de tales momentos.”  
(Eagleton 2008: 208-211)

La cultura de consumo contemporánea está llena de invitaciones a desconectar. Les propongo lo contrario: traten de no desconectar. Traten de seguir atentos. No a lo que sucede en las pantallas, sino fuera de las mismas. Ahí.